

Música

¿Sublime contaminación?

Discurso pronunciado por Sergio Acevedo, Decano de la Facultad de Música de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, con motivo de la ceremonia de grados realizada el 9 de julio de 1999, en el Auditorio Mayor de dicha Universidad.

POR SERGIO ACEVEDO*

No necesito despertador. Sé que son las seis de la mañana, todos los días, porque me despiertan los bambucos con que alegra sus mañanas el vendedor de mangos que se ubica a veinte metros de mi ventana. Le hace competencia, con los bambucos, al equipo de sonido del tendero de la esquina, que muele desde tempranas horas boleros que evocan nostalgias de la noche pasada. Noche en que las sirenas de varias ambulancias que vuelan por la calle de mi casa, y los chirridos de los frenazos que presagian inminentes tragedias automovilísticas, logran sobreponerse a la potencia de los parlantes con que el club vecino divierte a sus socios.

Rápidamente despacho el desayuno amenizado por baladas y vallenatos que parecen actuar como eficaz estimulante culinario en la zona de la cocina, y que no impiden la comprensión mañanera de los noticieros radiales que nos ayudan a aterrizar en nuestra cotidianidad.

En el bus, lo mismo que en el taxi, cuando me toca por el afán, el conductor me convence de que sus noventa decibeles de salsa pueden más que las gastadas pilas de mi walkman. Su esfuerzo y tenacidad sonora duran todos los treinta y nueve minutos del viaje hasta la Universidad.

El ritmo frenético de la salsa del viaje se entrelaza impecablemente, como si hubiera sido calculado con toda frialdad, con el acelere del rock con que anuncia sus servicios durante todo el día, la nueva cafetería que entra en servicio a partir de hoy, frente a la facultad.

Antes de entrar a la primera clase, la animación de porros, merengues y puyas que salen de los equipos del auditorio principal, me recuerda que hoy, además de clases, tenemos elecciones: hay que votar por los representantes estudiantiles y docentes, estimulados por ritmos calientes, que seguramente incentivan nuestro fervor electoral.

De regreso a casa, decido pasar por el supermercado a comprar pilas para mi walkman y así evitar futuras derrotas que comprometan mi integridad

personal. La simultaneidad sonora del heavy metal que sale del almacén de discos y que se entremezcla con los sonidos computarizados de la zona de juegos mecánicos, más la música ambiental que suena en todo el centro comercial, me reciben a las puertas del supermercado y me entregan al furor del tecno que invade todos los rincones del edificio. Compruebo que el administrador desconoce por completo las conclusiones del estudio realizado por el Doctor Adrian North de la Universidad de Leicester, sobre la incidencia de ciertas piezas musicales en los hábitos de compra de los clientes, según la cual, aquellas de ritmo rápido conducen a los clientes a caminar más de prisa; de ahí que sea recomendable emitir piezas más lentas que inciten al consumidor a caminar más despacio y le permitan ver mejor los estantes.¹

Pero basta de disquisiciones sobre mercadotecnia musical. Me esperan a la salida del supermercado los efectos sedantes del minimalismo musical de la Nueva Era, con que mi dentista matiza los ultrasonidos de la fresa que trepana algún orificio cariado.

El fin de semana lo iniciamos con los amigos en un chuzo donde no es posible que varios volúmenes de los Cañonazos Bailables, difundidos propiamente a volumen de cañonazo, nos indigesten las hamburguesas con que nos preparamos para llegar al bar de siempre, a rumbear toda la noche a punta de trance.

¿Se puede vivir sin música?, ¿se puede, se debe vivir en un mundo saturado de música?, ¿ha alcanzado la música peligrosos niveles de contaminación sonora?, ¿para qué sirve la música?. Todas estas preguntas me las formulo constantemente, como músico que soy.

¿Por qué la música, según la mayoría, el arte más sublime de todos, ha llegado a producir en nuestra época un nivel insoportable de alienación del oyente, a tal punto que hablamos de contaminación sonora?.

Dejemos de lado las consideraciones obvias sobre la música, las que hablan de su belleza y su espiritualidad, para concentrarnos en estas preguntas que he formulado. ¿Se puede vivir sin música? ¡No!. No se puede, según parece demostrárnoslo el relato anterior. Necesitamos que la música esté presente todo el día, en todas las situaciones cotidianas; pero su presencia se ha vuelto tan apabullante, que ya no la oímos.

El ejercicio de imaginarnos un mundo sin música es bastante estéril. Es una especulación sin mucho sentido. Esta nos llevaría a concluir que sí, desde luego. El mundo no necesita de la música para que la vida exista; la música no es imprescindible para la existencia. Hay seres humanos que por limitaciones físicas no han conocido la experiencia del fenómeno musical.

No podemos vivir sin música. No conozco ningún ser humano que concientemente prescindiera de la música, la rechaza, la niega

Pero al formular esta pregunta en el terreno del espíritu, la respuesta volvería a ser otra vez, y por otras razones, ¡NO!. No podemos vivir sin música. No conozco ningún ser humano que concientemente prescindiera de la música, la rechaza, la niega. Claro que cuando uno habla de vivir sin música da por sentado que estamos hablando de la música que a uno le gusta. Y aquí es donde entramos en el segundo

problema: el mundo saturado, polucionado, contaminado por la música que todos queremos imponer, a fuerza de volumen, a fuerza del poder de los nuevos equipos de sonido, la música que queremos hacerle oír a los demás.²

El oído es un sentido pasivo: tiene que soportar lo que le den en todo momento y en todo lugar. A diferencia de lo que ocurre con otros sentidos como la vista o el olfato, el oído no puede rebelarse a intentos de violación premeditados o casuales.

Dice un antiguo aforismo que el veneno es la dosis; es decir, que las sustancias más mortíferas (por ejemplo, el arsénico), en pequeñas dosis, pueden resultar inofensivas y hasta curativas, y

¹ ALCALDE, Jorge. El gran misterio de la experiencia musical. En Revista Muy Especial. No. 36. Julio-Agosto, 1998. P.21

² PRADERA, Máximo. ¿Se puede vivir sin música?. En Revista Muy Especial. Ed. Cit. P.16



en cambio, uno puede suicidarse si ingiere una sobredosis, por ejemplo, de helado de vainilla. Con la música ocurre lo mismo. Melodías sublimes de Mozart, Beethoven o Schubert, en dosis elevadas y manipuladas por la más moderna tecnología y el mercadeo, pueden resultar mortíferas para la persona que las escucha. Por tanto, se puede vivir, se debe poder vivir, sin la mayoría de la música que se escucha a lo largo del día. Pues uno vive en riesgo de permanente sobredosis o de lo contrario debe asumir el riesgo que traen éstas.

Respecto al tercer tema, ¿por qué hemos llegado al punto de hablar de contaminación a partir de un arte considerado como sublime?, en alguna parte de las escenas del relato anterior, el protagonista se encuentra en un punto donde confluyen en simultaneidad de tiempo y espacio y en alto grado de intensidad sonora, las músicas que emiten tres equipos, las cuales se entremezclan en una fusión alucinante. Sin embargo, el 97.3% de las personas que en cualquier momento pasan por ese lugar, parece no darse cuenta del fenómeno, ni para bien ni para mal. No hay en sus caras ningún signo de aceptación, felicidad, desagrado o repulsión por ese caos sonoro o por esa sinigual experiencia acústica. Hay una total inconsciencia.

Nos hemos vuelto insensibles a la música. Sordos. Parecemos necesitarla continuamente, ininterrumpidamente, como sonido de relleno, como fondo, como amoblamiento, como decía Satie. Pero es muy poca la música que despierta nuestro oído consciente.

Gracias a los avances tecnológicos sobre la reproducción del sonido, la música se ha convertido en instrumento de agresión, en vehículo de prepotencia, en arma o herramienta con la cual atropellar a toda una comunidad. Con sólo oprimir el botón del volumen puedo imponer a toda la vecindad, mi gusto musical. En un sublime acto de machismo sonoro, puedo atropellar

a todo el mundo con la potencia de mi equipo de sonido, el cual parece suplir otros valores de los que carezco.

Finalmente, la música sirve para todo. Ya lo hemos visto. Tiene poderes insospechados. Ningún lenguaje construido por el ser humano tiene la fuerza de la música para comunicar emociones, para evocar recuerdos, buenos y malos, para resaltar momentos hermosos, felices, tristes o patéticos. "Fuera del silencio, aquello que se aproxima más a expresar lo inexpresable, es la música", dice Aldous Huxley.

Desde el punto de vista de la ciencia, se ha hecho un sinnúmero de estudios sobre el poder de la música. La música constituye una experiencia síquica innata que determina, según parece, otras muchas funciones del intelecto. Así ocurre, por ejemplo, con la memoria. Al parecer, nuestra capacidad para retener datos mejora mientras escuchamos cierto tipo de composiciones.³

En el campo de la salud, se llevan a cabo terapias con música que propicia el proceso curativo o al menos, estimula el progreso del paciente. "Recientemente se ha

publicado un estudio sobre la incidencia de la música de Mozart en el incremento de las funciones del cerebro en cuanto al incremento de las habilidades para realizar tareas que requieren la visualización de relaciones espaciales entre objetos y para hacer trabajos en un orden secuencial, fundamentales para las matemáticas y las ciencias en general"⁴. Estas investigaciones han sido realizadas especialmente en niños, y a este fenómeno se le ha llamado precisamente, el Efecto Mozart.

Sin embargo, y desde el mundo de la ciencia ficción, dada la importancia que ha logrado en la vida diaria, a la música también se le han querido y, se le quieren atribuir efectos y acciones que sólo la estupidez y la ignorancia pueden explicar.

³ALCALDE. Op. Cit. P.21

⁴El efecto Mozart. En Revista CAMBIO. Mayo 17 de 1999. P.67

En días pasados, a raíz de una absurda matanza en un colegio de Estados Unidos, se sostenía que, en gran medida, la música que usualmente escuchaban los jóvenes asesinos, había constituido la motivación más importante que había llevado a estos muchachos a disparar contra sus compañeros de clase y a matar a catorce de ellos.

Investigaciones realizadas han comprobado científicamente que las actitudes violentas tienen origen en procesos educativos anteriores a la formación del gusto musical de los adolescentes. Por lo tanto, los padres y profesores deberían buscar a los responsables en sus hogares y en las aulas de clase, antes de satanizar al rock, al rap, o al heavy metal, de los desmanes que cometen sus hijos. Esto equivaldría a hacer responsables a las Hermanitas Calle o a Darío Gómez por el clima de violencia que vivimos en Colombia⁵.

Es paradójico, por decir lo menos, que consideremos la música como imprescindible en nuestra vida y a la vez, como padres, educadores o como miembros de la sociedad, nos opongamos o nos parezca censurable o al menos preocupante, que el niño o el joven con talento y

vocación, quiera expresarse a través de la música y quiera hacerla su profesión.

Los músicos creemos que tenemos mucho que decir en nuestra sociedad, pero lo queremos decir con nuestro lenguaje, el lenguaje de las notas, de los acordes y del silencio. Porque el silencio es parte de la música. Queremos expresarnos con música hecha para ser oída y no música para rellenar, saturar, para contaminar o para agredir a los demás. Porque la música también se puede convertir en violencia y nosotros creemos que en Colombia sobran muchos fusiles y pistolas y hacen falta muchos violines, muchas flautas, pianos y guitarras.

Queremos construir un mundo musical, un mundo donde las leyes de la armonía estén por encima de las de la discordia, en donde la disputa sea reemplazada por el contrapunto, y donde los conciertos no sean para delinquir, sino para llenar de acordes musicales ese mundo que dejaremos como herencia a las próximas generaciones.

* Decano de la Facultad de Música UNAB. Director de Orquesta.



⁵ALCALDE. Op. Cit. P.22